

## AMERICAN TRAVELLERS

When visiting COLON, please call at the

# **BELGIAN FLAG**

13 FRONT STREET

for your postal cards, books, maps and souvenirs of the Isthmus. Plain, honest business and no humbug.



## Los viajeros de Centro y Sur América y de México

de paso por COLÓN hallarán en la

# **BANDERA BELGA**

Libros españoles, Postales, Recuerdos del Istmo, etc.  
Visítennos.



## VOYAGEURS FRANCAIS

de passage a COLON, visitez la librairie au

# **DRAPEAU BELGE**

Livres, journaux, cartes, souvenirs. Tabacs.

13 FRONT STREET, COLON

NEAR CENTRAL PARK AND THE WASHINGTON HOTEL

E. de BRUCQ, Proprietor

del tiempo y del abandono conserva todavía su carácter de maravilloso monumento histórico.

A lo largo de los caminos de Portobelo y de Natá desarrollábanse dos arrabales de bohíos: el de Malambo y el de Pierdevidas. Nació el primero en el Puente del Rey, construido de material y de un solo arco en la entrada noroeste de la ciudad, y terminaba en la Ermita de Santa Ana, también de material; el segundo, seguía la dirección de la ruta por el Cerro de la Matanza, en cuya cumbre se hallaba la Ermita de San Cristóbal.

La Calle de Santo Domingo, que empezaba en la proximidad de la Ermita de Santa Ana y concluía en la Plaza Mayor, corriendo casi paralela al este del actual camino, dividía la ciudad en dos porciones distintas. La parte situada al levante formaba el barrio comercial compuesto de siete calles, entre las cuales la más importante era la llamada de Galafates, y una plaza al pie de la roca donde se levantaban las casas reales del Presidente y los oidores, la Sala de Audiencia con la cárcel de la corte en el piso inferior y la Contaduría; roca defendida por seis piezas de artillería y que desde 1587, Juan Bautista Antonelli propuso al Monarca Español que se fortificara a fin de convertirla en baluarte inexpugnable contra los ataques de los piratas y sitio seguro donde almacenar los tesoros procedentes del Perú, capaz al mismo tiempo de proporcionar refugio a los habitantes en caso de lucha contra los bucaneros; pero tan juiciosas indicaciones no fueron atendidas y continuó la costumbre de rodearla de trincheras de madera, las cuales constituían impropia defensa.

En el extremo oriental y al lado del puerto se hallaba el mercado de los esclavos o Casa de los Genoveses, conocida con este nombre por el origen que tuvo en la segunda década del siglo XVI, cuando Fray Bartolomé de Las Casas, queriendo sustraer los indios al trabajo excesivo que para esos infelices significaba el laboreo de las minas y la constante labranza de los campos, indicó la conveniencia de comprar en los mercados portugueses negros africanos para introducirlos en América y dedicarlos a tan pesadas tareas; indicación que fue aceptada con beneplácito por la Corona, que concedió a uno de sus cortesanos, el barón de la Bressa, privilegio exclusivo para la importación de 4000 negros; privilegio que el mencionado barón vendió a unos mercaderes de Génova, quienes dieron impulso tal al negocio que le dedicaron un edificio de mampostería, en parte de dos pisos, cerrado por altos muros provistos de entradas diminutas propicias para ser guardadas eficazmente con poca gente, y el cual, en su interior estaba dividido en pequeñas celdas y poseía un patio grande en cuyo centro había una alberca de regular tamaño. En este establecimiento logró Morgan apresar número considerable de esclavos que fueron conducidos a Jamaica y rescatados más tarde, aun cuando no en su totalidad, por los referidos mercaderes.

En la única prominencia de la ciudad se elevaba la Catedral o Iglesia Mayor, como antaño se decía, dedicada a la Asunción de Nuestra Señora. Por los años de 1530, Fray Tomás de Berlanga, cuarto Obispo del Darién y segundo de Panamá, escogió el sitio que debía ocupar y en él se erigió provisionalmente una capilla de madera con techo de palmas, la cual en 1535, bajo la dirección del arquitecto español Antón García, venido con ese objeto, se transformó en un edificio de madera

de regulares dimensiones que deteriorado por los estragos del clima y la acción del tiempo sufrió considerablemente con los temblores de 1621. Ya en esa época se había dado principio al suntuoso templo de mampostería, construido con limosna de los fieles e inaugurado el 29 de Septiembre de 1626. El incendio de 1644 le causó graves daños y tres lustros después quedó definitivamente reparado y tal como llegó a los días de su destrucción.

Era una iglesia cruciforme, con fachada y puertas de orden corintio, capaz de dar albergue a todos los vecinos.

La cima la ocupaba la Capilla Mayor bajo un arco toral de cantería de treinta pies de luz; en el brazo oriental se hallaba la Capilla de las Animas y en el otro la de Nuestra Señora de la Concepción. El cuerpo principal, pavimentado de grandes ladrillos, se dividía en tres anchas naves a las cuales daban luz y aire diez ventanas laterales dispuestas simétricamente al levante y al poniente.

Los altares lucían artísticos sagrarios, cuadros y retablos preciosos,—algunos producidos por pinceles limeños,—ricas colgaduras, lámparas y candelabros de plata, vasos regios cubiertos de valiosas pedrerías y una hermosa sillería igual a la balaustrada que cerraba el coro hecha de cedro y cocobolo, ésta como aquella, primorosamente talladas.

Las puertas, las ventanas y el maderamen todo era de cedro y maría así como el techo que sobre tablas labradas sostenía las grandes tejas del país.

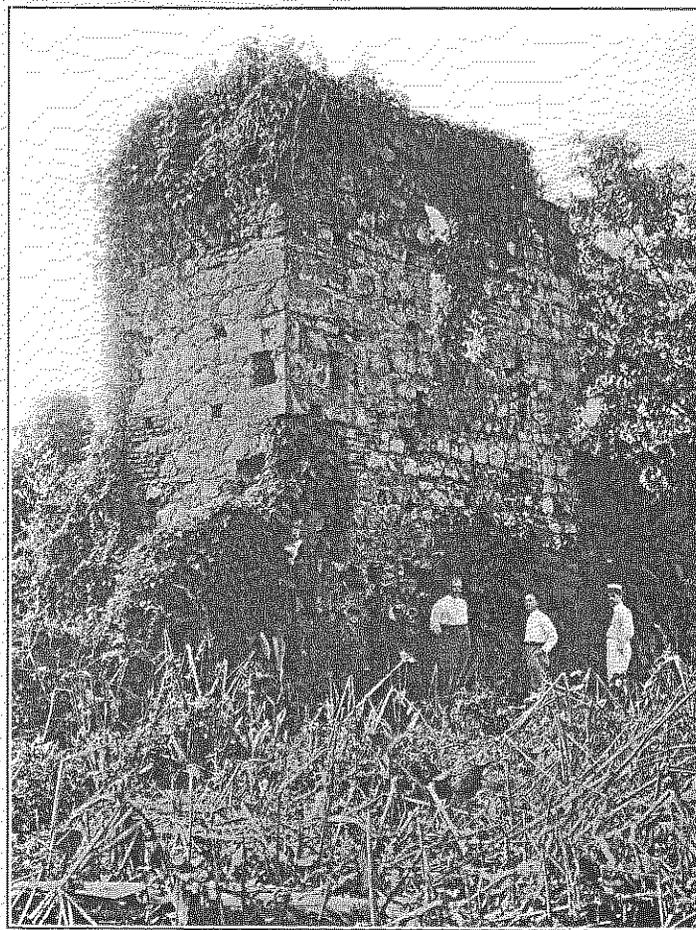
De la esquina suroeste, y apoyada en su lado oriental sobre un arco elegante, arrancaba la torre rectangular de treinta y dos pies por treinta y dos en su base, de tres cuerpos encadenados de sillares y mampostería y salpicados de ventanas, terminada por una cúpula, a más de 90 pies de altura, recamada de concha de nácar. Por una escalera en espiral se llegaba a su último cuerpo de cuyas ventanillas pendían seis campanas consagradas en 1608, cuyas voces eran tan melodiosas, según rezan las consejas llegadas hasta nosotros, debido a que, habiendo los monarcas españoles hecho una visita al taller de fundición donde se fabricaban, la reina, al ver el bronce en convulsiones, arrancó de su regio

talle una joya preciosa y la arrojó a la pasta burbujeante, ademán lleno de gracia que todos los cortesanos imitaron despojándose, a su turno, de sus áureas prendas con el mismo fin, proporcionando así, a esas campanas, una cantidad de oro mayor de la que les correspondía, y de allí que su voz fuera más dulce y más sonora; de allí que, en el espíritu de los panameños, surgiera la creencia de que cuando ellas cantaban a todo vuelo, confundiendo su tañido delicado con el arrobador murmullo del océano, también vibraba, en las lejanas playas de América, con todo su vigor y con toda su elocuencia, el alma española.

Al sur de la Iglesia Mayor se hallaba el Cabildo, edificio de piedra tallada, dotado de grandes corredores con arcos de curvas armoniosas sostenidos por pilares de canterías, hecho con dinero de la Corona y a costo fabuloso para aquellos tiempos. En él funcionaban el Ayuntamiento, el presidio y un cuerpo de guardia numeroso.

Por la orilla del mar se extendían las cocinas reales y varias otras construcciones cuyas bases de piedra labrada sometidas a la caricia interminable de las olas muestran en la super-

Ruinas de la Casa de los Genoveses en Panamá la vieja



Ruins of Genoves' House in Old Panama

ficie la impresión de sus ondulaciones sin que éstas hayan logrado infligir menoscabo alguno al mortero que las mantiene unidas.

El Convento de Santo Domingo se hallaba en la acera oriental de la Calle del mismo nombre. En el año de 1571 llegó a la ciudad, procedente del Perú, Fray Domingo Pérez, acompañado de tres miembros de la orden, y compró una casa con su huerta que existía en ese sitio, por tres mil doscientos pesos ensayados que le prestó un vecino de nombre Gerónimo Suárez y a quien le fué devuelta esta suma de las otras limosnas que los religiosos recogían entre los demás vecinos. Tal fué el origen de este convento, el tercero que se fundó en la ciudad y uno de los más interesantes que tuvo. Era muy pobre en sus primeros días; sus rentas no pasaban de 1000 pesos corrientes al año y de 150 para vino y aceite que regalaba su Magestad. Sin embargo, con éstas y las dádivas de los fieles se sostuvo y se ensanchó hasta llegar a ser un edificio de mampostería, con patio central de grandes proporciones rodeado al Norte, al Este y al Sur por una serie de construcciones de dos pisos donde estaban las celdas y al Oeste por la iglesia que, como "los primeros templos del Nuevo Mundo pertenecía a la severa y fría arquitectura grecolatina del siglo XV." A la iglesia se entraba por un pequeño atrio a nivel del suelo; poseía una nave ancha y ventilada; en el fondo se veía el altar mayor y de su esquina suroeste partía la torre de regular altura.

El piso de la iglesia era enladrillado, aquí y allá salpicado de azulejos y mosaicos que indicaban el sitio ocupado por tumbas, pues en esa época se enterraban los cadáveres en las naves de las iglesias, que servían de cementerios.

Todo el tramo oriental del edificio parece haberse desplomado junto y yace en la calle acostado con exactitud maravillosa, a tal punto que es fácil caminar por sobre él, salvando ventanas y cornisas.

Los grandes predicadores de la orden así como los ministros del culto, de paso por la ciudad, se alojaron siempre en este convento.

De la Plaza Mayor que era de 94 yardas de Este a Oeste por 88 yardas de Norte a Sur, y de la Calle de Santo Domingo hacia el occidente que constituía la otra parte de la ciudad, partían cuatro calles: la de la Carrera, la de la Empedrada, otra cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros y la de la Puentezuela, de treinta y dos pies de ancho más o menos cada una, y tiradas de levante a poniente, como casi todas las calles de la población, circunstancia ésta que las exponía desde temprana hora a los rayos calcinantes del sol tropical, haciéndolas así tan calurosas que ningún vecino de mediano caudal solía transitarlas sin estar acompañado de un negrito esclavo provisto del clásico parasol con que hacer sombra a su amo.

En la Calle de la Carrera que corría por la orilla del mar y partiendo de la Plaza Mayor, se encontraban el Mercado, con una pequeña plaza delante, el Hospital, los Conventos de San Francisco y La Merced, el fuerte de la Natividad y el puente de mampostería de un solo arco y de 80 yardas de largo, tirado sobre el río Algarrobo.

El Mercado Público, a grandes bases de piedra, estaba provisto de espaciosos portales al Este y al Sur, donde se vendían las frutas y legumbres de las huertas y hortalizas vecinas.

El Hospital, en su principio denominado de San Sebastián y después de San Juan de Dios por haber pasado a los religiosos de esta orden, era de piedra y ladrillos, de dos pisos, vasto y dotado de una capilla donde se enterraban todos los que fallecían en el establecimiento. Se sostenía con 10.000 maravedís al año, de que fue dotado por cédula real.

El Convento de San Francisco, circuido de sólidos muros, construido de piedra y de dos pisos, fue el segundo que se fundó en la ciudad, gracias al esfuerzo caritativo de sus pobladores. Su pobreza era marcada y atravesó horas de grandes miserias hasta el punto de que sus hermosas celdas permanecieron casi desiertas por mucho tiempo. Tenía una iglesia de importancia de donde partían las procesiones que solían verificarse en las festividades religiosas y muy especialmente la que se celebraba el día de la Cruz.

El Convento de La Merced fue el primero que se levantó en la ciudad, el año de 1522; y debe su origen al óbolo que

aportaron sus hijos, quienes le proporcionaron una renta de seiscientos pesos anuales, un hato de cuatrocientas vacas en Pacora y doscientas yeguas para atenderlo, a todo lo cual Su Magestad agregó 150 pesos como limosna especial.

El edificio era de mampostería y su iglesia fué sin duda la más importante de la población en ese tiempo, aun cuando se hallaba un tanto retirada. Cuenta Nabarro que en ella se confesaron y comulgaron el día de los Santos Inocentes del año de 1530, en una fiesta celebrada expresamente al efecto, todos los soldados que tomaron parte en la tercera expedición que Francisco Pizarro condujo al Perú.

Fueron los religiosos de este convento talvez los únicos que acudieron al campo de batalla a prestar los socorros de la religión a los que caían víctimas de las armas de Morgan y los únicos también que compartieron los horrores y crueldades de esa lucha.

Las llamas respetaron este convento cuando ocurrió la destrucción de la ciudad.

El Fuerte de la Natividad, construido en el primer cuarto del siglo XVII sobre el reducto del puente, a la entrada occidental de la ciudad, era de piedra y estaba defendido por buena guardia y seis peizas de artillería.

En la Calle de la Empedrada, que terminaba al Oeste en los muros del Convento de San Francisco, se hallaban en la segunda cuadra, partiendo de la Plaza Mayor, el Convento de la Compañía de Jesús, luego el Convento de los Agustinos Recoletos y después el de las Monjas de la Concepción.

El Virrey del Perú, don Francisco de Toledo, envió al Istmo en 1578 al reverendo padre jesuita Miguel de Fuentes con un hermano, en desempeño de misión especial. Los panameños compraron al señor don Alonso Cano de Arauz una casa pequeña que regalaron a la Compañía de Jesús y por el año de 1582 vinieron a habitarla cuatro religiosos de Lima, pertenecientes a la orden de Loyola. Con las limosnas del vecindario se compraron otras casas contiguas y se fundó el convento que ya por el año de 1607 se principió a levantar de cal y canto, llegando a ser un edificio espacioso, de dos pisos dotados de celdas y salas proporcionadas, al norte; y al sur, de una iglesia de considerables dimensiones. Su arquitectura era de estilo mas avanzado que la de los otros conventos existentes a la sazón, como lo atestiguan sus arcos, ojivales y cornisas. Detrás tenía un patio de tamaño no despreciable y de la esquina suroeste de la iglesia, al lado sur del altar mayor, partía la torre, de altura regular.

La iglesia de este convento, como era tan central, sirvió de parroquia en dos ocasiones: cuando se emprendió la construcción definitiva de la Iglesia Mayor y cuando se dispuso repararla después del incendio de 1644.

La Compañía de Jesús fué el centro principal de cultura y en él funcionó un Colegio sostenido por la ciudad, mediante el pago de 300 pesos corrientes al año.

La cuarta manzana septentrional de la Calle de la Empedrada estaba exclusivamente dedicada al Convento de los Agustinos Recoletos, edificio suntuoso que en conjunto cubría cerca de 84.000 pies cuadrados y que fue fundado en abril de 1612 por el santo varón Fray Vicente Mallol, de la Descalsez agustina, quien puso, como era de ritualidad, su iglesia bajo la advocación de San José.

Este convento se dividía en tres partes: al Norte y Este se dilataban los grandes corredores, salas y celdas en una construcción de dos pisos de cal y canto; al Oeste, un patio inmenso, en cuyo centro y sobre una escalinata de cuatro peldaños se erguía el símbolo de la cruz, que con sus extendidos brazos, parecía estar lista para recibir entre ellos a los cristianos e indígenas del nuevo mundo; al Sur se hallaba la iglesia.

El templo de San José fue sin duda el más rico de cuantos existieron en la ciudad; sus arcos, sus ventanas y sus muros que no llegaron a sufrir el flajelo de las llamas, diciendo están que fué el último que se fundó en la ciudad, donde el arte comenzaba a echar raíces profundas.

Entre el patio y el edificio principal existía una alberca de mampostería de 48 pies por 35, sobre la cual se hallaba un piso sostenido por dos batientes de tres arcos cada uno. Buena cantidad de agua lluvia podía depositarse en su interior, cuyo repello hecho con cal es una revelación de los secretos antaño conocidos, capaces de suplir la ausencia del cemento, pero

superado posiblemente por las artificios de que se valían en sus construcciones los arquitectos de aquellos tiempos.

Los Agustinos Recoletos fueron los agentes más activos de la cultura civil y religiosa en el territorio de Tierra Firme; en sus manos enérgicas y fuertes el estandarte de la fe paseó triunfante por todos los rincones del Darién y del Chocó; el verbo convincente vibró fecundo en los labios de sus santos misioneros. Tal era la importancia de este convento que por sus claustros pasaron sin cesar los hombres más célebres por su ciencia y su virtud y la iglesia de San José llegó a ser, con justicia, la más favorecida de la ciudad por su aspecto artístico y lujoso. Sus ornamentos, retablos, vasos y joyas eran primorosos y su altar mayor, de cedro tallado y recubierto de oro fino, verdadera filigrana, no sería aventurado asegurar que ha llegado hasta nosotros para darnos la mano cabal de la grandeza de ese templo, ya que es posible que sea el mismo que aun admiramos en la capilla mayor de la actual iglesia de San José de la Panamá de nuestros días.

Durante largo tiempo el Cabildo de Panamá se empeñó en la fundación de un convento de mujeres y recurrió con tal fin al Arzobispo de Lima en solicitud de monjas para dar principio al monasterio, pero este prelado contestó que las enviaría tan pronto como se les proporcionara casa propia en que alojarse. Por ese motivo preciso fue posponer la realización de la idea hasta 1595, fecha en que se había colectado entre los vecinos la suma de 3.770 pesos, con los cuales se principió a erigir un edificio en el lugar que ocupaban varias casas de piedra compradas de los bienes de María de Tapia. En ese tiempo Francisco Terrin, alguacil mayor, depositario general y regidor de la ciudad, propuso que se le diera el patronazgo del convento y se le cedieran varios lotes del común que existían en la Plaza y que él constituiría una renta de dos mil pesos al año para el sustento de las monjas y continuaría la construcción del edificio. Concediólo el Cabildo y el 10 de febrero de 1597 se firmó la escritura del caso que fué confirmada por cédula real del 7 de agosto de 1598 y aprobada por la Real Audiencia de Panamá el 9 de agosto de 1602.

Fiel a su palabra el Arzobispo de Lima envió entonces cuatro manjas que entraron al monasterio, a las cuales siguieron varias novicias que se elevaron a 24 en 1607 y cuyo número siguió creciendo, día por día, hasta reunir 50 monjas y 100 sirvientas en la hora aciaga de su destrucción en 1671.

Las dádivas y mandas, así como las dotes de las monjas que se iban recibiendo aumentaban de continuo los recursos de este convento que creció con rapidez, aun cuando en 1640 todavía su iglesia era de madera y entonces se pensaba en invertir 20.000 pesos para hacerla de piedra, sin que sea posible averiguar si jamás lograron realizar tan laudable propósito.

Solemnes eran las fiestas que en este Convento se celebraban y muy especialmente la del 8 de Diciembre en conmemoración de la Concepción de la Virgen: en esa ocasión ocupaba el púlpito el predicador más eminente del lugar y con gran boato, entre cirios y flores, se verificaba la procesión más lujosa y concurrida del lugar.

Fue el Convento de las Monjas de la Concepción el dulce asilo donde se refugiaron las bellas castellanas de más lustre

y las hermosas criollas de mayor fortuna, cuando presas del divino amor se sentían atraídas hacia el servicio de Dios, o cuando víctimas de alguna decepción cruel, fruto de aquellos amores terrenales, violentos como el sol de los trópicos, las hería en la mitad del alma y, sin consuelo, sentíanse impelidas a llorar eternamente el perdido ideal, lejos de las miradas indiscretas de sus semejantes. Allí en su atmósfera tranquila el amor sacrosanto se vivificaba y las heridas del corazón se restañaban.

En la otra calle, cuyo nombre nos ha sido arrebatado por la ola creciente de los años, solo existía un edificio de importancia: la casa del Obispo, amplia, de cal y canto y provista de todas las comodidades de la época.

La Calle de Puentezuela tomó su nombre del pequeño puente que la cortaba para dar salida a los desagües de esa parte de la ciudad, desagües que, dicho sea de paso, corrían superficialmente por el centro de las calles de pavimentación uniforme hecha de piedras redondas extraídas de los ríos y en ella terminaban las seis o siete callejuelas que de la playa partían en dirección norte cruzando en ángulo recto las cuatro principales mencionadas anteriormente.

La ciudad sufrió siempre de una tortura: la escasez de agua, no obstante la innumerable cantidad de pozos excavados en todos los patios. Un cronista de principios del siglo XVII dice: "Tiene la ciudad muy grande falta de agua para beber, porque no hay fuente ni arroyo que la tenga conveniente. La de los pozos es muy gruesa y no vale ni para beber, ni guisar, ni lavar paños; sirve en otros usos y beben de ella las bestias: vase a tomar el agua en quebradas distantes de la ciudad media legua y más. Los vecinos la compran de aguaderos negros que la traen a vender a medio real la botija, o envían sus esclavos por ella, y ésta también es algo gruesa, y en invierno turbia y maltratada del ganado, y causa no pocas enfermedades. Los primeros pobladores, como gente de paso que no pensaba en más que recoger riquezas y volver presto a España, no cuidaron de buscar ni fabricar fuente; después los vecinos, apretados de la necesidad han tratado diversas veces de ello: no lo han puesto en efecto, dicen que por la pobreza de la ciudad."

Y así era, a grandes rasgos, aquella ciudad hermosa que sirvió de base a la conquista de los Incas y que durante siglo y medio mantuvo erigido en una mano el faro de la civilización derramando luz hacia regiones ignotas y en la otra empuñada fuertemente la espada vengadora para detener el impulso devastador de los arcos, flechas y pistolas de los indios, cimarrones y piratas; de aquella ciudad hermosa que a un mismo tiempo fue centro de progreso y campo de batalla, en cuyo seno la religión mantuvo almas castas en sumisa contemplación divina, y las operaciones militares en constante vaivén multicolor a soldados blancos, mulatos y negros con mosquetes y arcabuces al brazo: de aquella ciudad hermosa que sucumbió en una danza macabra provocada por la insaciable sed de oro de los bucaneros, dejándonos solamente, como un recuerdo, ruinas majestuosas envueltas en un silencio misterioso que son el eco revelador de sus grandezas y de sus glorias.

